

Literatura y lingüística: ¿asunto separado?

Presentación del número 59

Mariano Vilar

Este número de *Luthor* está dedicado a pensar posibles puntos de encuentro entre la lingüística y los estudios literarios partiendo del diagnóstico generalizado de que hoy estas disciplinas están mucho más alejadas de lo que alguna vez estuvieron. Aquí, un par de reflexiones sobre las causas y consecuencias de este fenómeno.

* * *

En los primeros párrafos de la célebre conferencia titulada “Lingüística y poética”, Roman Jakobson declara que:

La poética se interesa por los problemas de la estructura verbal, del mismo modo que el análisis de la pintura se interesa por la estructura pictórica. Ya que la lingüística es la ciencia global de la estructura verbal, la poética puede considerarse como parte integrante de la lingüística.

Todo en este pequeño párrafo nos remite a una época: el énfasis en la *estructura*, su asociación con la cientificidad de la lingüística, y el gesto saussureano de englobar disciplinas en otras: así como la lingüística debería ser considerada solo una parte de la semiología, la poética estaría integrada en la lingüística.

Se ha dicho muchas veces que el estructuralismo de mediados (y un poco más) del siglo XX tiene para los interesados en la teoría literaria un aura de *locus amoenus*. La cantidad de exponentes tan grandiosos como

prolíficos, la nueva masividad de las universidades como condición de posibilidad del distanciamiento respecto de la filología tradicional, la multiplicación de conceptos y enfoques novedosos, la fertilización cruzada entre marxismo, psicoanálisis y lingüística, y muchos otros factores que han sido listados ya varias veces iluminan este período con un resplandor particular.

Aunque el clima actual de los estudios literarios es muy diferente y no sentimos esa ebullición en las tibias aguas de la teoría del siglo XXI, mucho de lo que se discutió en ese momento cambió nuestras disciplinas para siempre, y por más críticas al estructuralismo y postestructuralismo que se hayan hecho y se sigan haciendo, nunca volveremos a leer igual. Sin embargo, el enunciado de Jakobson (y muchos otros que podríamos citar en la misma línea) resulta particularmente difícil de recuperar. Su inactualidad es demasiado patente. La teoría y la crítica literaria se independizaron de la lingüística y viceversa: los rastros de su alianza quedaron como documentos históricos, como la promesa de un futuro irrealizado.

En [la encuesta incluida en este número](#) le consultamos al respecto a Nicolás Bermúdez, Laura Kornfeld, Andrés Saab y Alejandro Raiter. Sus respuestas sobre las causas de la separación no son idénticas, pero confluyen en varios puntos. El más evidente es el crecimiento de la especialización académica como consecuencia de las formas de trabajo contemporáneas. Como sabemos todos los que estamos en este ámbito, los niveles a menudo alienantes de hiper-especialización hacen que incluso entre las subramas de una misma subdisciplina las vías de contacto sean limitadas, y esto se multiplica cuanto mayor es la distancia.

Sin embargo, también existen cuestiones conceptuales más amplias que emergen de la propia historia de las disciplinas. Ya en el seno de la semiología se vislumbraba la amenaza de que la "poética" (o los estudios literarios) pudiera ser relegada al mismo nivel de relevancia que cualquier otro sistema de signos. No obstante, la preeminencia de la lingüística, junto con las afinidades intelectuales predominantes entre los estructuralistas, hacía que esta posibilidad pareciera improbable. Sea como fuere, ya no importa mucho, porque el proyecto de la semiología como marco epistemológico general murió hace tiempo, aunque nadie pueda precisar del todo cuándo sucedió. Hay profesores de semiología, críticos culturales e investigadores que producen en marcos heredados de los *cultural studies*, pero no semiólogos.

El problema mayor es sin embargo el cruce de dos fenómenos: el lento desvanecerse de la idea de que la literatura ocupa por sí misma un lugar destacable (e incluso el más destacable) dentro de una lengua, y la percepción generalizada por parte de los teóricos y críticos literarios de que la literatura no está *tan* hecha de lenguaje como alguna vez se creyó.

Lo primero tiene consecuencias obvias. Si una persona está interesada en el funcionamiento de una lengua en términos formales, ¿por qué habría de ir a buscar ejemplos a un discurso tan proclive a la transgresión y la singularidad como la literatura? Si está interesada en el lenguaje como discurso social, la literatura queda relegada respecto de los medios (incluyendo las redes sociales por supuesto). Lo mismo sucede si esta persona está interesada en los procedimientos psico y neurológicos que intervienen en el procesamiento del lenguaje. Hay excepciones a todo

esto, pero son eso: excepciones. Nada impide hoy pensar un plan de estudios en lingüística que no tenga ni una página de poesía o ficción entre su corpus obligatorio.

El rol que tiene el lenguaje en la crítica y la teoría literaria es más complejo de definir: pocos de nosotros negaríamos su centralidad independientemente de lo que pensemos del “giro lingüístico” y sus derivados. Sin embargo, en su libro-diálogo con Marcelo Topuzian, Jorge Panesi declara que “la separación de la lingüística ha sido una liberación para la crítica” (p.36), y aunque no se detiene a fundamentarlo, las razones son más o menos imaginables. Entender lo básico de sintaxis parece seguir siendo necesario o conveniente para poder describir algunas operaciones estilísticas del discurso literario (algo que de por sí no interesa a muchos críticos), pero de Chomsky en adelante la cosa se pone áspera. Entre la Antigüedad y el Renacimiento la gramática fue también *enarratio poetarum* (“explicación de los poetas”). Ahora no es raro encontrar fórmulas matemáticas en un paper de lingüística formal, además de un considerable número de símbolos lógicos. El análisis del discurso nos seguirá resultando más amable, pero justamente por eso (quizás paradójicamente) consideramos que no lo necesitamos: para leer ideología en literatura tenemos nuestros propios marcos, algunos de ellos ya casi con un siglo de vigencia.

¿Podemos superar este hiato recurriendo a la filología, presunta madre de nuestros saberes literarios y lingüísticos? Para eso tendríamos que tener algún acuerdo sobre qué se supone que es. La mayoría de las proclamas sobre su vigencia o la reducen a actitudes existenciales (“la lectura lenta”) o la atan a prácticas muy específicas (la ecdótica) que no

son representativas de los estudios literarios en general, mucho menos de los lingüísticos.

Pero hay otro componente un tanto más difícil de precisar que es cierta *sensibilidad* lingüística, un refinamiento de la percepción que sin duda atañe a lingüistas y literatos, y que tiene también cierta conexión con el talento filológico más consuetudinario. Podría uno decir entonces que tanto el progreso en el conocimiento metalingüístico como el literario dependen en cierta medida de la posibilidad de *entrenar* esta sensibilidad. Aprender sobre morfología, sintaxis, semántica y los condicionamientos ideológicos y neurofisiológicos que se plasman en el discurso parece ser un camino para desarrollar este talento, aunque en ninguna medida lo garantiza. A la inversa, la lectura atenta de textos literarios que, como quería Jakobson, tienen como eje la estructura misma del significante, podría considerarse una forma conveniente (e incluso placentera) para que el o la lingüista aprenda a captar las sutilezas de su objeto de estudio. Esta conexión existe y todavía opera como un trasfondo para mantener la asociación entre lengua y literatura funcionando, pero no por eso deja de tener un carácter vagamente intuitivo e impreciso. La sensibilidad se entrena hasta cierto punto, y en otro pareciera ser fruto de factores incontrolables: se la tiene o no.

El problema de la creatividad, o de la conexión entre sistema lingüístico, convenciones discursivas y producciones subjetivas originales y valiosas está sujeto a una lógica semejante. La incorporación masiva de escritura generada por inteligencia artificial lo pone en escena de forma particularmente dramática. En el presente (septiembre de 2024) pareciera que, más que al peligro de una Skynet iniciando una guerra

nuclear para destruir a la humanidad, nos amenaza un tsunami de textos blandos e insulsos producidos automáticamente por una combinación opaca de algoritmos. ¿Será este el momento de que la lingüística y los estudios literarios se planteen una nueva alianza para repensar los vínculos entre subjetividad y lenguaje?

Es difícil saberlo. Por lo pronto, este número de *Luthor*, más extenso que la mayoría, demuestra que todavía existen varias personas interesadas en buscar puntos de contacto entre lingüística y teoría/crítica literaria, y eso ya de por sí es digno de celebración.